

## *El monte Picayo, atalaya de civilizaciones*

Fue aquel primero de julio de 1957, al mediodía, bajo los chorros de oro de un sol implacable. Marchábamos jadeantes y sedientos por la escarpada ladera de la abrupta montaña, a campo traviesa, lejos de toda senda, tal como nos había dicho un experto cazador, socio del Centro Arqueológico y perfecto conocedor de aquellos andurriales. Se nos había dado una pista, algo muy impreciso, muy vago. Se nos había hablado de unos muros de aspecto parecido a los que se ven en el Pico de los Cuervos, donde algunas veces se refugiaban los conejos perseguidos por los perros. Y nada más...

De tiempo en tiempo nuestro incierto deambular nos llevaba a cobijarnos bajo algún pino bienhechor que nos ofrecía la frescura de su sombra. Allí hacíamos un breve alto en el rastrear, muy breve por lo general, que aprovechábamos para admirar el espectáculo que un paisaje lujurioso nos ofrecía. Enmarcados por las ramas colgantes del bendito árbol que nos servía de dosel, contemplábamos desde aquellas alturas, a nuestros pies, los montículos circundantes poblados de espesas arboledas, la huerta sumergida en un baño de luz intensa y, al fondo, como una franja de añil, el mar Mediterráneo con brillos y destellos de turquesa.

Y luego, recomfortados por tal contemplación, seguíamos subiendo, seguíamos trepando de roca en roca, de matorral en matorral, con los ojos avizores, deseosos de encontrar los viejos muros, las viejas huellas del pasado.

Eramos tres, iguales en cuanto a entusiasmo se refiere, pero muy distintos en edad. Miguel Hernández, en plena juventud, intrépido, muy avezado a este género de aventuras; mi hijo Manuel, con sus quince años y una agilidad felina, y el que

esto escribe, al que la edad imponía el lamentable tributo de quedar siempre rezagado.

Por fin, uno de los tres, cual moderno Rodrigo de Triana, dio el grito del feliz hallazgo. Y nuestros ojos, inquisitivos y penetrantes, pudieron contemplar, un tanto desilusionados, los pobrísimos restos de lo que sin duda fue un antiguo poblado del período del Bronce (no ibérico, como muy a la ligera alguien se ha adelantado a decir), ya que así lo atestiguan los restos de cerámica en un todo igual a la que tanto abunda en el Pico de los Cuervos, barros de un gris oscuro, casi negros, granulados en su interior y toscamente modelados a mano.

Se halla situada esta estación prehistórica no en la cumbre misma del monte, sino en una meseta o repisa que se forma debajo de la cima o pico más elevado del Picayo, cuando éste, tras un brusco cortado, inicia su descenso hacia la llanura por la parte del mar. Hay allí cerca, casi en la misma meseta, una cantera para la extracción de piedra de rodano, y en ella se inicia un camino de carro —si a esa zanja excavada en la peña se le puede dar ese nombre— hoy abandonado, que se utilizó para bajar las grandes piezas de arenisca y que desciende en bruscos zigzags por el cotarro sur de un umbroso barranco.

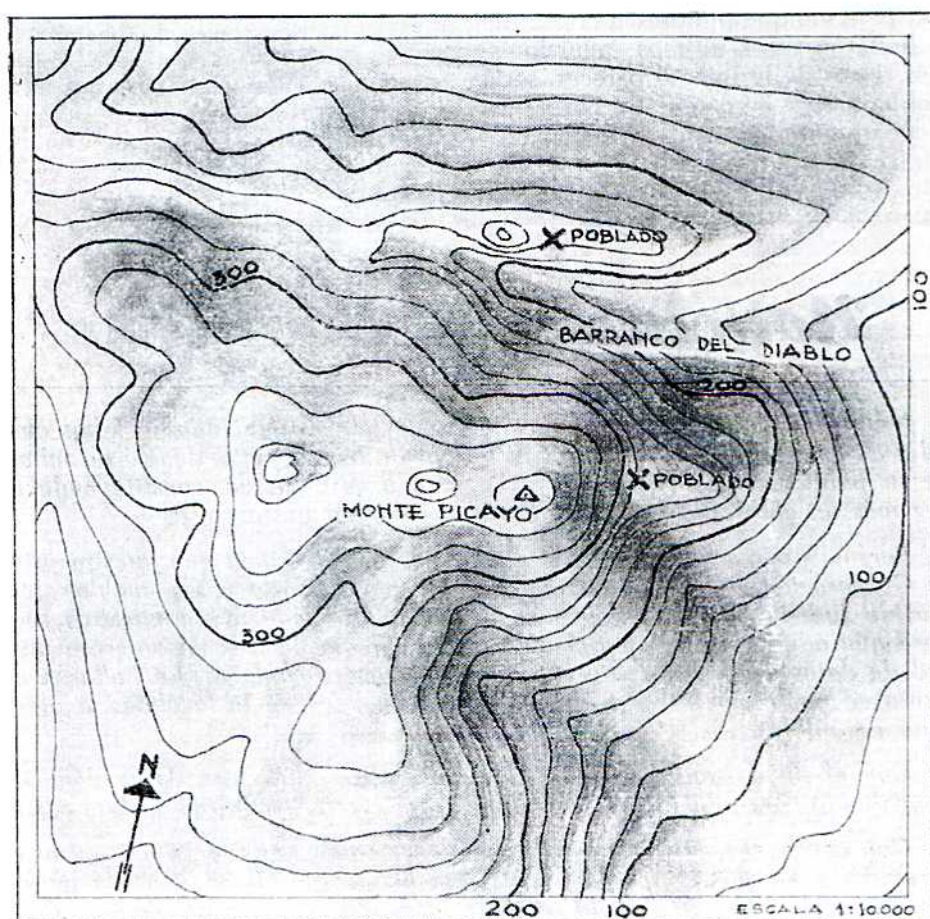
Lo que hoy puede verse sobre ese mirador maravilloso son unos apenas elevados muretes colocados sobre la peña viva, sin cimentación alguna, contruidos con toscas piedras de rodano yuxtapuestas, sin la menor huella de la substancia intersticial —barro seguramente— que acaso las unió en su día. Junto a esas piedras superpuestas —triste recuerdo de lo que serían miserables viviendas hoy venidas a menos,

casi a la nada— y al abrigo de ellas, en los hoyos naturales del terreno, se conserva una capa de tierra parduzca, la vieja solera de aquellas casucas, mezclada con ceniza. Es allí donde aparecen unos restos triturados de cerámica, cuya tosiedad nos habla con toda elocuencia de su remoto origen.

Próximo al precipicio que en profundo tajo descende hacia el sur, se puede ver un hoyo de escasa profundidad cavado en la peña y recubierto en parte interior-

los restos de construcciones señaladas antes.

Pocos días después de haber realizado tan feliz descubrimiento, otro grupo de socios del Centro Arqueológico, del que yo no formaba parte, repitió la excursión y extendió la búsqueda hacia otra escarpada montaña poblada de pinos, contigua y al norte del Picayo propiamente dicho y separada del mismo por el citado barranco, pedregoso y sembrado de cantos rodados y restos de cantería, al que los



mente con losas de las que tanto abundan en el lugar colocadas de canto, lo que hace creer que se trata de los restos de una antigua cisterna. Lo que no es posible saber es si pudiera ser contemporánea de

conocedores del terreno llaman, con poca propiedad, barranco del Diablo.

Presenta esa abrupta elevación el aspecto de una cresta por su forma estre-

cha y alargada y el declive casi vertical de sus laderas, particularmente la recayente al barranco, que desciende verticalmente como cortada a pico, cresta que va perdiendo altura a medida que se aproxima a la huerta y se ve prolongada por otros cerros de menor importancia, entre los que se encuentra la conocida loma del Pardalot. Es partiendo precisamente de este punto de donde mejor se acomete la ascensión, pues desde el barranco resulta punto menos que inaccesible para los poco iniciados en el montañismo.

En la arista, por no llamarle cumbre, de esa áspera aunque pintoresca cresta fue donde hallaron estos últimos excursionistas otros restos de lo que, al parecer, sería otro poblado muy emparentado por su aspecto con el anterior.

Una vez más, el entusiasmo y la perseverancia de un reducido número de socios del Centro había hecho una nueva aportación a la ciencia prehistórica, y Sagunto veía hundirse de nuevo su remoto pasado en la oscura noche de los siglos.

El descubrimiento de dos nuevas estaciones para la investigación prehistórica quedó hecho realidad aquel luminoso mes de julio de 1957. Pero aunque el hecho en sí es un nuevo florón de gloria para nuestra Sociedad, la labor no quedará completa mientras las autoridades competentes no se decidan a efectuar en aquellos lugares las oportunas excavaciones.

**Manuel Vega Riset**

Julio de 1964.

## ***Noticias y Actividades***

*Nuestra Excelentísima Diputación Provincial, prosiguiendo su labor cultural y de exaltación de los valores históricos de la provincia, dedicó un número de su publicación «Generalitat» a Sagunto y su comarca, constituyendo una vez más un alarde de esmero editorial y de buen gusto.*

*Por nuestra parte nos congratulamos por la deferencia que nuestra primera Corporación provincial ha tenido para con Sagunto y los pueblos de su partido judicial, y nos permitimos dirigir un llamamiento a nuestros socios para que adquieran un ejemplar de dicha obra en la que encontrarán multitud de datos y noticias curiosas acerca de nuestra comarca. Lo hallarán a la venta en cualquier librería y especialmente en las de la localidad a precios muy asequibles.*

*Con el fin de cooperar a tan plausible obra, el Centro Arqueológico ha contribuido con quinientas pesetas a sufragar los gastos de tan costosa edición.*

*Con verdadera satisfacción nos complacemos en dar cuenta a nuestros lectores del prestigio siempre creciente que han adquirido algunos de nuestros socios en el difícil arte de la reconstrucción de piezas arqueológicas y muy especialmente en trabajos tan delicados y dificultosos como son los de la recuperación y montaje de mosaicos romanos.*

*El Centro Arqueológico ha venido así a convertirse en escuela de reconstructores cuyos servicios hoy son requeridos desde diversos lugares de España. Fue primero en las excavaciones de Caspe y en la subsiguiente reconstrucción de cerámica en el Museo de Zaragoza donde empezaron a darse*

a conocer fuera del ámbito comarcal nuestros queridos amigos Facundo Roca Ribelles y Miguel Hernández Esteban. Más tarde (1961) fue el Museo Arqueológico de Teruel el que solicitaba el concurso de los mismos para la consolidación de tres bellísimos mosaicos romanos que hoy se hallan depositados en dicho Centro en espera de una instalación definitiva. En 1962, a requerimiento del Museo de Córdoba, hubieron de trasladarse a dicha ciudad los señores Roca y Matías Cortina, donde su estancia duró varios meses, lo que da idea de la enorme labor realizada. Se trataba de extraer, consolidar y restaurar —labor muy lenta— varios mosaicos de extraordinario valor a más de otros trabajos llevados a cabo en el interior del referido Museo.

En 1963 se desplazaron a la provincia de Tarragona para la recuperación de un mosaico, sito en el pueblo de Altafulla, lo que se llevó a cabo tras vencer no pocas dificultades.

Finalmente, sus servicios han sido solicitados de nuevo por el activo Museo Arqueológico de Teruel para la extracción de un grandioso mosaico descubierto en el pueblo de Calanda, trabajo que ha sido llevado a cabo con toda felicidad y rapidez por los amigos Roca y Hernández.

No queremos cerrar esta breve nota sin citar los nombres de José María Roca Ribelles y de Angel Rausell Beltrán, que bien demostradas tienen igualmente sus habilidades en tales menesteres. Sagunto y España cuentan, pues, con verdaderos maestros en ese intrincado arte de la reconstrucción arqueológica forjados en las aulas de nuestro Centro, cuya influencia cultural, tras pasando los límites locales, ha venido a convertirse en nacional.

Bajo la dirección de nuestro dinámico socio y directivo don Vicente Ribes Jáñez se está organizando en el Centro Arqueológico una sección de investigación submarina, con el propósito de explorar el lecho de nuestras playas, donde es frecuente el hallazgo de algunos objetos de interés. Se pretende llevar a cabo estas actividades de una manera racional y sistemática, cosa que, por desgracia, no se ha podido llevar a la práctica hasta ahora.

En primer lugar se pretende dirigir la investigación submarina a lo que en época romana fue el antiguo puerto de Sagunto, frente al llamado Grao Viejo, de donde en años anteriores ya se han extraído numerosos fragmentos de ánforas y otros objetos que actualmente figuran en el Museo de la ciudad.

En los días 28 de junio y 5 de julio últimos se llevaron a cabo sendas inmersiones puramente exploratorias, con el fin de localizar los puntos de máximo interés arqueológico, única labor que ha podido realizarse, pues caducado el permiso para la recuperación de objetos que hasta ahora nos autorizaba a realizar esta tarea, estamos pendientes de recibir la renovación del mismo. Tan pronto nos hallemos en posesión de dicho permiso la campaña submarina adquirirá un gran interés.

El señor Ribes cuenta ya con numerosos y diestros colaboradores, y es de esperar que muy pronto este grupo aumente, tanto con los socios de Sagunto como con los del poblado del Puerto. Lo que habría que ir pensando es en constituir en esta ciudad una filial o delegación del C. I. A. S., y en extender las actividades de estos submarinistas hacia otras facetas de tan interesante deporte distintas a las arqueológicas, tales como el estudio de la flora y fauna subacuáticas, la fotografía submarina, etc., que permitiera crear, dentro del

